

- POSIBLE CREACION DE UN INSTITUTO INTER-AMERICANO DE DESARROLLO REGIONAL
- EUA MODIFICA SU POLITICA CON LOS PAISES DE AMERICA

Instituto Interamericano de Desarrollo Regional

EL señor C. Douglas Dillon, Subsecretario de Estado para Asuntos Económicos de EUA, informó al Consejo Interamericano Económico y Social de la Organización de Estados Americanos el día 11 del presente mes de agosto, que el gobierno de su país estaba dispuesto a considerar la posibilidad de establecer un instituto interamericano de desarrollo regional. Este anuncio, que implica un cambio fundamental de política estadounidense hacia Latinoamérica, ha creado gran interés y expectativa en nuestros países que, desde hace más de diez años, vienen insistiendo en la necesidad de un organismo de este tipo.

El porqué de esta modificación de política interamericana por parte de EUA no es de verdadero interés en este momento, pues lo esencial es el viraje de dicha política y las posibilidades del organismo por establecerse. Sin embargo, según el mismo señor Dillon, la nueva orientación del Departamento de Estado obedece a los informes llevados a EUA por distintas misiones de encuesta de sus altos funcionarios, tales como las del Secretario del Tesoro, señor Anderson, y el de Estado, señor Dulles. Aún así, algunos columnistas importantes de la prensa norteamericana dan versiones distintas. Por ejemplo: el señor Drew Pearson en su columna de *The News* del día 13, informa que al realizar el Embajador de EUA ante la ONU, señor Lodge, una encuesta entre las delegaciones latinoamericanas a ese organismo, sobre su punto de vista acerca del desembarco de fuerzas norteamericanas en el Líbano, se vio sorprendido de que solamente siete delegaciones apoyaran a EUA. Trece de nuestros países se manifestaron en contra de esta actitud. No hay duda de que la deserción en masa del bloque latinoamericano resultaba desastrosa para la actuación de EUA dentro del organismo mundial en momentos tan delicados. El columnista, E. W. Kenworthy del *New York Times*, no llega a afirmaciones tan contundentes como el señor Pearson, pero comenta, con fecha 12 de agosto, que la reversión de la política del Departamento de Estado resulta fundamentalmente de la decisión de la Administración de proponer un organismo de desarrollo regional para el Medio Oriente. Bajo estas circunstancias y aprobado el enfoque regional para el desarrollo económico por los mismos EUA, mal podía este país continuar negándose a un enfoque parecido para la América Latina.

Nada tendría de extraño que alguno de estos comentarios, fueran ciertos. La intervención anglonorteamericana en el Medio Oriente ha traído dolorosos recuerdos a nuestros países, en algunos de los cuales ocurrieron intervenciones también a llamado de jefes legales del Ejecutivo. Los objetivos, con excepción de la nueva modalidad de la "intervención indirecta" fueron también la mantención del orden jurídico, la paz interna, la estabilidad social o el "buen manejo fiscal". De ser ciertas estas interpretaciones, es lástima que el organismo por formarse haya resultado de la presente encrucijada histórica. Sin embargo, la insistencia frecuente por parte de funcionarios norteamericanos en un *quid pro quo* para casi cualquier concesión que se le hace a la América Latina, tendría por fuerza que producir cierta reciprocidad de sentimiento en nuestros pueblos y gobiernos. El ideal del panamericanismo, tan resistente a pesar de su falta de vida reciente, habrá de cederle el paso a un pan-

americanismo de mesa de regateo. El enfoque filosófico de “un Occidente” con distintas regiones que deben ser fortalecidas y desarrolladas para el bien común, pierde su fuerza a favor de una rigurosa contabilidad en las relaciones internacionales. Con todo lo que pueda haber de fondo, no hay duda que el nuevo organismo abre un nuevo capítulo en la historia económica del Hemisferio Occidental. Todavía se desconoce lo que será la estructura, capital, política y otros detalles del Instituto Interamericano de Desarrollo Regional. Sin embargo, no es fácil entrever, con algo de optimismo, lo que este organismo puede llegar a ser.

Independientemente del monto del capital con que comience —algunos aseguran que EUA aportaría Dls. 100 millones y que será una empresa cooperativa con aportaciones de los demás países miembros de la OEA— se trata del primer esfuerzo conjunto para enfocar nuestros problemas de desarrollo económico. La aceptación de este enfoque por parte de EUA es de por sí de trascendental importancia. Todavía se recuerda, por ejemplo, la oposición de este país al establecimiento de la CEPAL, institución que pasará a la historia como prócer de los estudios económicos regionales latinoamericanos e iniciadora y propulsora del concepto de una Latinoamérica Económica.

Además de esto, el organismo en sí es de gran promesa. No sería raro, por ejemplo, que llegaran a ligarse alrededor de él distintas propuestas de suma importancia hechas por estadistas norteamericanos de mayor amplitud de ideas. La institución podría colocar bonos en los grandes mercados del mundo; estos valores podrían estar exentos de impuestos a manera de algunos bonos municipales estadounidenses; los valores del instituto podrían, además, gozar de algún tipo de seguro especial que determinaran los gobiernos participantes. Estas son apenas algunas posibilidades en lo que se refiere a tener acceso a los grandes mercados de capital.

También, al centralizar en una institución buena parte del financiamiento del desarrollo económico de nuestros países, no tardará en apreciarse el despilfarro inherente a la duplicación de esfuerzos; se tendrá una visión más clara de las dificultades de nuestra industrialización por motivo de lo reducido de los mercados internos de cada una de nuestras repúblicas; y no tendría nada de raro que bien pronto se entendiera por desarrollo regional, un desarrollo coordinado y complementario, es decir, un mercado común latinoamericano.

Una vez aceptado el objetivo del mercado común, será más fácil abrirle las puertas al capital extranjero. Hasta ahora esta medida de desarrollo, que nunca ha sido la fundamental en el desarrollo económico de ningún país, era el mascarón de proa de los enemigos de la ayuda exterior. Argumentaban éstos, que el desenvolvimiento económico de los países atrasados debía llevarse a cabo a través de inversiones extranjeras y que éstas no afluirían a estos países, por “carecer de garantías adecuadas”. Este enfoque tiene una larga historia, las garantías adecuadas eran casi siempre privilegios incompatibles con una soberanía económica. Además, el capital extranjero afluye a las naciones en proceso de desarrollo solamente para explotar riquezas que interesan a la metrópoli. Nada de raro tiene esto, puesto que las industrias que interesan al país huésped, es difícil desarrollarlas dado lo restringido del mercado, social y geográficamente. Y, como si esto fuera poco, los dividendos y repatriación de capitales de la inversión extranjera tienen que pagarse con divisas, con los subsiguientes desequilibrios de balanza de pagos cuando estas inversiones llegan a niveles parecidos a aquellos en que realmente se necesitan. El caso del Brasil, con pagos anuales de casi Dls. 300 millones por concepto de servicio de capital, es elocuente. Sin embargo, con un mercado común latinoamericano, las economías de escala, la especialización regional y la movilidad de factores de producción, no tardarían en hacer posible una industrialización eficiente y racional susceptible, inclusive, de exportar artículos de mayor densidad económica fuera de la región, que mejoraran las relaciones de intercambio que rápidamente se deterioran con exportaciones mayoritariamente de materias primas y facilitarían los pagos por servicio de capital.

Las perspectivas, pues, son enormes. No en balde hay, como decimos al principio, gran interés y expectativa en nuestros países. El hecho de que esto haya surgido de la en cruzijada histórica a que se hace mención, puede que hasta tenga sus ventajas.